

CUANDO LOS DRAGONES SE BAJARON DE LOS CABALLOS.

Es común que, entre los militares, la transmisión anecdótica de algunos sucesos de la vida diaria, contribuye a fortalecer la identidad gremial; la historia cotidiana, la que se vive día a día y que, progresivamente va conformando su pasado, es la amalgama que los une y les genera un legítimo orgullo de pertenencia, es el espíritu de cuerpo, elemento esencial para toda tropa que se digne de serlo. Por tales razones, considero válido, platicar algunos detalles sobre el arma de caballería del ejército mexicano y la profunda transformación de que fue objeto a finales del siglo próximo pasado.

Los caballos y su intensa relación con los seres humanos, es un hermoso tema que llena las páginas de la historia universal, bastara con leer cualquier pasaje de las épocas antiguas, para aquilatar la importancia del caballo en el desarrollo de la sociedad, en su capacidad de movilidad, en la economía, en su alimentación y también para la guerra.

El caballo, junto con el perro, son de los animales que más se han transformado y adaptado, para satisfacer los exigentes servicios que requieren los seres humanos. En cuanto a los primeros, en cada región del mundo, se han desarrollado razas según sus condiciones geográficas y las necesidades de trabajo. Su número es creciente, así como el de los caballos ya que, actualmente, se estima que existen un poco más de 58 millones regados por todo el mundo; casi el 60% de ellos, se dedican al trabajo particularmente en los países en desarrollo y el resto a la próspera industria hípica, ecuestre y de ocio que también se mantiene al alza; solo un 1% viven en estado salvaje.

En México, desde la llegada de Hernán Cortez a nuestro territorio, trayendo consigo una docena de caballos de guerra, conformado por yeguas y algunos de los machos enteros, a los que después se fueron agregando nuevas manadas traídas por colonizadores y, dadas las magníficas condiciones geográficas para la crianza de ganado y las exigencias de trabajo, rápidamente se reprodujeron y regaron por todo el territorio virreinal, particularmente hacia el norte por las grandes llanuras y nutrientes pastos; hacia el sur, fue más lento el proceso de adaptación, porque el calor, los altos niveles de humedad y la existencia de muchos tipos de insectos, afectan el rendimiento y la salud de los semovientes.

Las necesidades en caballos, mulas y burros, fueron crecientes; todo tipo de movilidad de cargas y personas se basaban en la fuerza de estos nobles animales, así como la agricultura y las operaciones militares y de seguridad. Solo imaginemos la cantidad de animales de este tipo, que se requerían para la extracción de los metales y su traslado desde cada mina hasta el puerto de Veracruz para ser embarcados a Europa; o la cantidad de bestias de carga que se requerían para mover los múltiples artículos que se comerciaban a través de la ruta estratégica más importante del mundo en esa época, que fue la de Filipinas-Acapulco-México-Veracruz, así como para proporcionarle la respectiva seguridad a sus largos convoyes de semovientes. La permanente llegada de colonos y sus movimientos migratorios, estaban fundamentados en la disponibilidad de caballos para jinetes y carretas. La agricultura y la ganadería requerían forzosamente de caballos. Las necesidades de ganado caballar para las unidades montadas del ejército invasor fueron en aumento a medida que progresaba la campaña de conquista y el crecimiento del virreinato. En

principio solo se transportaban a caballo los peninsulares, pero a medida que fue aumentando la disponibilidad de semovientes, se fue penetrando a más capas sociales. Nuestros criollos, mestizos e indígenas resultaron ser excelentes jinetes y criadores de caballos; técnicamente desarrollaron un prototipo de caballo y un modelo de equitación propios que afortunadamente aún subsisten: la charrería.

Por tales razones, la producción caballar fue una actividad exitosa, particularmente en las grandes llanuras del norte y en la región del bajío. Estas circunstancias se mantuvieron hasta finales del siglo XIX en que aparecieron los primeros vehículos a motor.

La infantería y la caballería son las armas más antiguas de un ejército, las demás, con el tiempo se fueron agregando conforme los requerimientos operativos y los avances técnicos y tácticos de la guerra; todas las armas, mantienen un proceso permanente de evolución y mejoramiento.

En nuestro país, la caballería fue, sin lugar a dudas, el arma del ejército más eficiente durante el largo periodo en que se carecía de vehículos a motor y que el desarrollo de caminos era muy limitado. Todo el virreinato, el proceso de independencia, la guerra con EUA, las invasiones francesas y los enfrentamientos entre liberales y conservadores se hicieron literalmente a lomo de los caballos, no había de otra.

En la época conocida como el porfiriato cuando ya existían los motores de gasolina, se impulsaron notablemente las redes camineras y de ferrocarril, lo que significó un extraordinario avance para apoyar nuestro desarrollo. En particular, se presentó una gran oportunidad para incrementar la capacidad de movilidad y el alcance táctico de la caballería, combinando largas marchas a caballo con estaciones de remonta, donde se relevaban solo los semovientes para continuar con mayor ímpetu su movimiento; y luego, con la transportación en jaulas de ferrocarril de los caballos ensillados, conforme lo permitía el desarrollo de la red ferroviaria. Es curioso que esta capacidad, utilizada magistralmente por la caballería del ejército constitucionalista, contribuyó en forma importante a la derrota del ejército federal. Pero también, en ese evento nacional, ocurrió que, las tradicionales y valientes cargas de caballería con todo su ímpetu y significado, llegaron a su término, las posiciones defensivas bien organizadas y el fuego combinado de armas automáticas y de la artillería, le fueron fatales.

Se daba vuelta a la página que se llevaba la más bella y máxima tradición del arma de caballería, cuando hombres y caballos, formando una compacta masa letal y a toda velocidad chocaba y destrozaba las resistencias o explotaba los puntos débiles del enemigo; una vez iniciado el galope, nadie se podía detener ni reducir la velocidad que los llevaba juntos, a la muerte o a la victoria. Este tipo de acciones fueron decisivas en muchas batallas que la historia nos narra épicamente y no cabe la menor duda, que contribuyeron profundamente en la formación del espíritu de cuerpo, identidad, compañerismo y orgullo de pertenencia de los dragones, de los militares del arma de caballería en todo el mundo.

Gran parte de nuestra historia se escribió al paso, al trote y al galope de los caballos. La modernidad del país y de los instrumentos, las armas y el equipo para las fuerzas armadas, fueron ubicando a las unidades de caballería montada como obsoletas por las dificultades operativas y logísticas que, ante el mundo moderno se presentaban. Se incrementaron las áreas urbanas donde los desplazamientos de unidades militares a caballo trastornaban el tránsito y la fluidez vial, los

caminos se asfaltaron, las autopistas cercadas y con sus cruces obligados, las líneas de ferrocarril, las presas y el cercado de propiedades rurales privadas y públicas, limitaron los movimientos a caballo. La alimentación de los caballos militares a base de forrajes y granos apropiados, se complicó por la prioridad asignada a los productos agrícolas para consumo humano.

Por otra parte, evolucionaban los medios militares de transporte aéreo y terrestre; aparecieron helicópteros, vehículos ligeros de reconocimiento, vehículos blindados y motocicletas que progresivamente fueron influyendo en el empleo táctico de las armas. Fue así como en todo el mundo, se fue extinguiendo la caballería montada a caballo, para dar paso a unidades de reconocimiento y choque modernas montadas en helicópteros y vehículos especiales; diversos tipos de unidades blindadas y de fuerzas especiales que, en términos generales, cumplen las funciones operativas tradicionales de la caballería en el campo de batalla, pero, lo que destaca en esta transformación, es que los dragones modernos, conservaron las virtudes, valores y tradiciones de su arma de caballería mater.

Este proceso lo viviríamos en México; después de un poco más de 450 años, desde la conquista hasta el año 1982, durante los cuales, las unidades de caballería del ejército nacional en sus diferentes etapas históricas, utilizaron a los caballos como medio de transporte y de combate. Todo cambiaría a partir de ese año, había que bajar a los dragones de los caballos.

Como ocurrió este trascendental hecho; como era la vida en los regimientos de caballería en el siglo pasado; cual fue el impacto de ese cambio tan brusco para esa respetable arma. Al rítmico paso de nuestros caballos, les platicare sobre la marcha, un punto de vista al respecto.

El siglo próximo pasado fue prodigo en sucesos que impactaron profundamente al ejército mexicano: a principios de ese siglo en el año 1913 se formó el ejército constitucionalista para combatir al ejército federal al que derroto y esa circunstancia, le permitió institucionalizarse con el actual nombre de ejército mexicano; fue sujeto a un proceso de reorganización, institucionalización, profesionalización y despolitización muy exitoso que ocupó todo el siglo; y, en cumplimiento a sus misiones constitucionales, contribuyó al mantenimiento del orden y la paz pública.

Fue un largo periodo en que ocurrieron magnicidios y crímenes ligados con la política y con intenciones de desestabilizar el país; un nuevo conflicto con la iglesia católica; nuestro petróleo como palanca de desarrollo y como pretendido botín internacional; nuestra participación en la II GM, la guerra fría y sus efectos y consecuencias en nuestro país, el proceso de globalización, el combate internacional al crimen organizado en todas sus especialidades; la ocurrencia de variados fenómenos naturales con pérdida de vidas y graves daños materiales y el notable y reconocido desarrollo económico, político y social del país en ese siglo, son hechos, cuyos efectos y consecuencias, contribuyeron a conformar el perfil actual de nuestro ejército y obviamente de su caballería.

Ubiquémonos a mediados de los años cincuenta, ambiente apropiado para establecer una plataforma de observación, porque se vivía un periodo de mayor estabilidad en comparación con los años inmediatamente anteriores; se iniciaba el gobierno del segundo presidente de origen civil de la época posrevolucionaria; vivíamos bajo los efectos de la guerra fría; y el país, estaba en pleno

proceso de crecimiento y desarrollo. Las fuerzas armadas del país estaban en su proceso de profesionalización.

En los juegos olímpicos de 1948 celebrados en Londres, México había obtenido los máximos premios en tres de las cuatro pruebas ecuestres que se celebraron en dichos eventos, ganó: salto de obstáculos individual y por equipos y también la prueba completa de equitación conocida como de tres días; solo en doma no calificó y, la circunstancia significativa para esta narración, es que todos los integrantes de los equipos ganadores eran militares mexicanos del arma de caballería, orgullosos dragones.

En toda la república se observaban actividades ecuestres, clubes, escuelas y asociaciones relacionados con la charrería, el salto de obstáculos, el polo, las cabalgatas, las carreras y la crianza e importación de ejemplares de alta calidad y nos convertimos en una potencia mundial en el mundo de la equitación, con dragones militares liderando en muchos y variados frentes y con caballos regimentales que bien entrenados resultaron de una gran calidad deportiva.

Para aquilatar debidamente la magnitud de esta explosiva circunstancia, tomemos nota que, para el año 2023 que estamos viviendo, México ocupa el segundo lugar mundial en población caballar con 6.3 millones de ejemplares, antecedido por los EUA que cuentan con 10 millones y en tercer lugar China con 6.2 millones. Somos una potencia en ganado caballar y en las pruebas ecuestres y nuestra industria hípica, ecuestre y de ocio crece y se internacionaliza, para ello, la perseverante y valiosa labor de muchos mexicanos amantes de los caballos ha sido fundamental, y consta en los hechos, las importantes contribuciones que, en ese aspecto, impulsaron dragones del ejército mexicano.

Por todo lo que, hasta aquí se ha narrado, resultara interesante conocer cómo era la vida en los regimientos de caballería de esa época. En principio, señalar que las unidades de caballería estaban ubicadas en pequeñas poblaciones del México rural para explotar sus facultades operativas y facilitar el mantenimiento y alimentación de los caballos. A diferencia de las unidades de infantería que se ubicaban fundamentalmente, en las capitales estatales y en ciudades.

En esas condiciones, en el área rural no existían cuarteles militares construidos expresamente, se ocupaban cascos de haciendas, casas particulares, instalaciones del gobierno desocupadas y en algunos casos, instalaciones que habían pertenecido a la iglesia católica que le habían sido requisadas durante la reforma y se encontraban desocupadas.

A cargo total del comandante y considerada como una de sus funciones básicas, se hacían los trabajos necesarios para acondicionar las instalaciones a sus necesidades, eran trabajos sencillos pero necesarios, realizados con materiales de la región, así como con adobes y ladrillos que fabricaba personal del regimiento comisionado para ese efecto y la mano de obra quedaba a cargo de los integrantes de la unidad que tenían conocimientos de albañilería, electricidad y carpintería; un gran equipo encabezado por el comandante que trabajaba incansablemente para adaptar lo mejor posible la instalación a su cargo para satisfacer las necesidades de hombres y caballos bajo su mando.

La ubicación de la comandancia y las oficinas para el segundo comandante, el jefe de instrucción y el comandante de la plana mayor que también era jefe de la ayudantía, así como de las oficinas

administrativas, constituían el centro de la instalación y se procuraba la mejor presentación y seguridad. El conjunto incluía la sala del estandarte y el alojamiento para la guardia en prevención.

Se vivía una época en que, generales procedentes del arma de caballería habían ocupado con mayor frecuencia y oportunidades, la presidencia de la república y la secretaria de la defensa nacional en sus más altos cargos. El gusto e interés de todos ellos por los caballos, la equitación, el polo, la charrería y las carreras, así como todo tipo de actividades relacionados con el arma de caballería, tenía su origen en sus propias experiencias militares y personales. Luego entonces, los comandantes de regimiento tenían fuertes presiones pues las presentaciones de contingentes montados para participar en desfiles y ceremonias, los resultados y actuación de sus equipos en frecuentes concursos ecuestres y de tiro, en las habilidades para el mejor mantenimiento y presentación del ganado, en los trabajos de acondicionamiento de instalaciones y las actividades operativas de la unidad, eran observadas y seguidas personalmente por los altos funcionarios.

Los comandantes de los regimientos para mediados de los años 50, en su totalidad eran egresados del colegio militar de Popotla donde habían cursado la especialidad en el arma de caballería, encuadrados en el apreciado escuadrón de caballería; muchos de ellos, se habían especializado en el arte de la equitación en escuelas europeas y eran excelentes y valientes jinetes, además de increíbles administradores que tenían que atender las necesidades en instalaciones y facilidades para hombres y caballos, las partidas presupuestales, la producción de alimentos para los caballos, la salud de hombres y caballos, la preparación de sus equipos para diversas competencias, las operaciones militares ordenadas por su escalón superior y mantener y fortalecer la moral y el espíritu de cuerpo. Guardo su imagen en mi memoria como unos hombres sabios y muy competentes, audaces, prácticos, dinámicos y siempre muy preocupados por la unidad bajo su mando. Verdaderos dragones que fueron ejemplo para muchas generaciones.

En los regimientos, aun eran muchos, los jefes y oficiales llamados de tropa, que se habían formado en filas, y en algunos casos, constituían un importante porcentaje de la oficialidad; algunos eran, además, analfabetas. Los aun pocos oficiales egresados del colegio militar, los auxiliábamos en los menesteres que fueran necesarios cuando entraban de servicio, manteníamos muy buenas relaciones, compañerismo, respeto mutuo y apreciábamos nosotros sus consejos y experiencias y ellos nuestros aun escasos conocimientos militares.

La tropa estaba formada por una mezcla de jóvenes con personas que actualmente se clasifican como adultos mayores, la mayor parte analfabeta. Gente con amplios conocimientos relacionados al campo, buenos jinetes y conocedores de caballos, agricultores por naturaleza, muy trabajadores, abnegados, resistentes a las inclemencias del tiempo y la fatiga, frugales y excelentes compañeros. Verdaderos dragones, siempre alegres, con las bromas, pláticas, leyendas y sonrisas se fortalecía diariamente el orgullo de pertenencia a la unidad.

El grueso del regimiento se encontraba distribuido en las partidas militares, columnas volantes y escoltas, cumpliendo misiones relacionadas con la seguridad pública, constituían el órgano operativo del regimiento. Las partidas militares era el servicio de armas exterior más común que se asignaba a oficiales subalternos y clases con experiencia. Al mando de un pelotón a pie, el comandante se presentaba en la cabecera municipal correspondiente, para presentar a su tropa y explicar a las autoridades civiles, la misión asignada por sus mandos y establecer las medidas adecuadas para coordinar sus actividades en apoyo de la seguridad pública municipal. Era un

servicio muy interesante y absorbente, donde el comandante, además del cumplimiento de la misión asignada, tenía muchos temas que atender: la seguridad y presentación de la partida, el acondicionamiento del alojamiento, la organización del servicio, la búsqueda de información, el manejo de los recursos humanos, las relaciones con las autoridades y la sociedad, la alimentación, la salud y el descanso de sus hombres entre otros. Se corrían riesgos, hubo casos de compañeros fallecidos en diferentes circunstancias cumpliendo este servicio, pero también satisfacciones, reconocimientos, prestigio y experiencia cuando se le daba cumplimiento en forma satisfactoria.

Las columnas volantes eran patrullas a pie o a caballo que actuaban en el área rural, cuyos efectivos y organización dependía del caso al que estaban destinadas atender. Las autoridades civiles al tener conocimiento sobre la presencia de grupos de personas dedicadas al robo de ganado, asaltos en caminos y al ferrocarril, despojos a poblados y crímenes diversos, solicitaban el apoyo de la autoridad militar. Este servicio era prolongado, fatigoso y de peligro, pues con frecuencia ocurrían enfrentamientos, la mayor de las veces con resultados letales.

El resto de la unidad estaba en plaza y se organizaba de la siguiente manera:

El grupo de especialistas en trabajos de mantenimiento y mejoramiento de las instalaciones cuyo trabajo era permanente, siempre había algo que hacer.

El grupo de sembradores y cosechadores de granos y forrajes apropiados para los caballos, que lo hacían en tierras propias del regimiento, prestadas, rentadas o a medias y luego los productos se almacenaban adecuadamente para garantizar la alimentación de los caballos durante todo el año. La disponibilidad de este tipo de productos dependía de la calidad de las tierras y la disponibilidad del agua para el riego o de temporal. Para la ubicación geográfica de los regimientos esta consideración era muy tomada en cuenta en los altos niveles de mando. Los caballos en plaza consumían diariamente dos piensos, cada uno, con porciones de avena en grano, paja y alfalfa. Todas las grupas de los caballos se observaban redondeadas, eran animales jóvenes, sanos, bien alimentados, sujetos a la práctica constante de ejercicios físicos y excelentemente atendidos.

Los servicios administrativos de la unidad eran los escribientes con sus enormes máquinas de escribir con su papel original, papeles copia y sus respectivos papeles calca; y los archivistas con sus cajas, archivos y tarjeteros, todo el acopio y conservación de la información y memoria de la unidad era manual.

Los pelotones de intendencia para proporcionar el servicio de alimentación en las unidades, apenas se estaban desarrollando, sus cocinas y comedores solo contaban con lo indispensable.

En materiales de guerra, los generales, jefes y oficiales de arma y de servicio, estaban dotados con una pistola 0.45 automática y su sable y la tropa con carabinas de repetición calibre 7,62 y su machete sable; en cada pelotón, un fusil automático Mendoza de fabricación nacional.

El servicio de transmisiones, se fundamentaba en el uso de la telegrafía, el personal del servicio debía transportar y operar un pesado generador para establecer la comunicación con los puestos de mando previa orientación adecuada de una antena que se improvisaba. La intercomunicación estaba muy limitada, los teléfonos fijos eran escasos.

El servicio de sanidad con una precaria enfermería y botiquines dentro de mochilas de piel que se ponían los elementos del servicio a la espalda cuando acompañaban montados a la unidad. No había servicio dental y la medicina preventiva apenas hacia sus pininos.

En los regimientos de caballería que se están describiendo, el caballo era el centro de atención principal, en cierto sentido, los caballos recibían mejores atenciones que los dragones, era un concepto que forma parte de las más viejas y rancias tradiciones del arma de caballería: el caballo es primero. El servicio veterinario tenía muchas actividades: inspeccionar los alimentos de origen animal destinados para el consumo humano; inspeccionar las condiciones, distribución y ministración de los alimentos a los caballos; revisión general a la caballada y la atención apropiada en los casos necesarios; mantener el herraje de los caballos vigente y contar con herraduras de repuesto en cantidad y calidad suficientes; inspeccionar las caballerizas, corrales, comederos, abrevaderos y los esfuerzos a que se sometían a los animales.

Un regimiento contaba, en números redondos, con un promedio de 400 caballos de cargo; conforme el número anual de bajas ocurridas por muerte, inutilidad o por llegar a la edad límite de servicios, se recibía un lote de potros castrados que carecían de adiestramiento y que había que amansar y adiestrar, provenían de alguno de los varios criaderos militares de equinos que existían, pues había que mantener la movilidad de una masa total de caballos en el ejército, que se estima en un poco más de 15,000 ejemplares. Solo de los colores de pelaje retinto, colorado, alazán y prieto que eran los reglamentarios, por lo que los regimientos se caracterizaban con toda su caballada de un solo color. Los caballos que habían cumplido su edad de servicio que era a los 16 años y que estaban en buenas condiciones físicas, se donaban a ejidatarios, así como la producción mular de un criadero militar exprefeso ubicado en el sureste. Las unidades de artillería y de infantería habían utilizado respectivamente, antes de la época en que nos hemos ubicado, mulas para la tracción de las piezas y para el transporte de carga.

El criadero de Santa Gertrudis en Chihuahua, fue un modelo de explotación extensiva; en sus grandes llanuras se soltaban manadas de yeguas criollas lideradas por un semental de sangre quien se encargaba de cuidarlas y preñarlas. Solitarios vigilantes a caballo, recorrían las estancias para atender a las manadas y las situaciones que se presentaran. Periódicamente se concentraban las manadas para el desahije de potros y potrancas, los primeros previa castración, para abastecer la corriente logística y las segundas para fungir como vientres en las próximas manadas. Este procedimiento permitió con los años fijar algunas características físicas y anímicas positivas en la producción caballar, dando como resultado un caballo de guerra mexicano muy completo, reconocido y apreciado.

En el afán por producir caballos cada ves de mejor calidad para generales, jefes y oficiales, así como para deportes ecuestres, también operaban otros dos criaderos más pequeños para la producción intensiva de caballos de alto rendimiento, mediante la cruce inteligente de yeguas y caballos con registro, sus resultados fueron muy satisfactorios.

Volviendo a la caballada del regimiento, se dijo en párrafos anteriores que, en promedio, cada regimiento contaba con un número aproximado de 400 ejemplares, era imposible mantenerlos a todos en plaza, ya que las instalaciones salvo excepciones, no eran suficientes y no se contaba con la cantidad de personal en plaza para su adecuada atención. El problema se solucionaba organizando tres grupos, dos de ellos se enviaban a las llamadas remontas, que eran terrenos

cercanos al cuartel, que se encontraban cercados, con agua y pastos adecuados y suficientes para soltar los caballos por un buen tiempo, custodiados por un grupo de dragones en función de caporales; el tercer grupo se mantenía en plaza en las condiciones que se han explicado y durante el año, se rotaban los grupos. Lo mismo ocurría con el escuadrón en plaza, que también se rotaba con los otros. Estas circunstancias garantizaban un buen nivel de funcionamiento orgánico de la unidad y sobre todo, en su capacidad de reacción tema al que se prestaba especial interés.

Cuando se escuchaba al trompeta de servicio con el toque llamado botasilla, significaba que en ese momento se suspendía toda actividad y rápidamente se concentraba el personal a sus dormitorios para armarse y en forma organizada, dirigirse con monturas y equipo al corral de la unidad, tomar los caballos, ensillar y reportarse ante el comandante del regimiento, como listos para marchar; a veces, inmediatamente, se realizaba una marcha de varias horas encabezada por el comandante; este tipo de ejercicios era muy frecuente y agotador. Se ponía a prueba a los mandos y las condiciones físicas y de adiestramiento de hombres y caballos.

El más importante elemento operativo que se encontraba en plaza, era un escuadrón de caballería que fungía como fuerza de reacción y de reserva, así como para presentaciones, ceremonias, desfiles, seguridad y limpieza general de las instalaciones, quienes, además, se responsabilizaban de atender al ganado en plaza en sus cuidados y adiestramiento diarios.

Las actividades en el regimiento, se iniciaban cuando todavía estaba oscuro con la lista de diana, los toques de trompeta, los honores a la bandera y se pasaba a desayunar donde al mismo tiempo, un oficial leía y explicaban artículos reglamentarios; el servicio de alimentación estaba dando sus primeros pasos, todavía prevalecía el servicio que proporcionaban las llamadas jefas que en amplias canastas llevaban ricos guisados a sus asistidos quienes, en lugares ya acondicionados a la sombra de los árboles, se sentaban en el pasto a consumir sus alimentos; había toques del trompeta de guardia para la entrada y salida de estas personas; la mayor parte del personal de la unidad, pasaba al comedor donde se proporcionaba el desayuno y la comida, la cena solo al personal de servicio. La mejoría de este servicio, con el tiempo fue eliminando la presencia de las tradicionales jefas, algunas de ellas, viudas de militares, que habían adquirido una gran experiencia en la vida de los regimientos y el servicio de las armas, por lo que, además de proporcionar alimentos oportunamente y lavar los uniformes a sus asistidos, les daban consejos a los nuevos para su más rápida adaptación al medio. Por eso, algunos soldados las llamaban madrecitas.

Había que comprarse los uniformes y las botas de montar; los sueldos eran bajos y a la tropa los comandantes de escuadrón le pagaban en efectivo cada cinco días, se la pasaban pagando, pues debían hacerlo personalmente a todos sus efectivos en donde estuvieran de servicio, partidas militares, destacamentos, servicios de seguridad y escoltas. También hacían negocio, prestaban dinero y cobraban intereses. Afortunadamente esta abyecta fuente de corrupción se fue eliminando hasta desaparecerla totalmente.

Después del desayuno, se destapaba la actividad, todos salían a sus destinos y servicios. El escuadrón en plaza que era el mayor efectivo y el centro de atenciones, se preparaba para sus prácticas diarias de adiestramiento a pie y a caballo, en orden cerrado, orden disperso, prácticas de tiro y ecuestres, así como deportes de conjunto, que era propiamente el contenido básico del adiestramiento regimental, cuyo objetivo prioritario era estimular la capacidad de reacción,

desarrollar las habilidades para controlar y conservar el ganado y mejorar la capacidad operativa de la unidad.

Normalmente se iniciaba con una corta sesión de orden cerrado a pie y armados, para luego prepararse para el adiestramiento a caballo. La tropa usaba como montura los llamados galápagos que es una montura rustica de madera forrada con piel gruesa, son relativamente ligeros, resistentes, cómodos, con estribos y aditamentos para colgar los rollos del capote, la manga y la cobija, el machete sable y sogas enrolladas; la cincha era de hilo tejido y se incluía una gruesa cobija doblada en cuadro llamada suadero y encima de este, la mantilla con el escudo de caballería y el número del regimiento; ambos objetos, servían para amortiguar la molestia de la montura en el lomo de los caballos; el equipo individual de montar para la tropa se complementaba con un almartigón con una soga llamada ronzal que servía para sostener, controlar y conducir al caballo cuando el jinete va a pie y una cabezada con filete de cañón y un par de riendas de cuero.

Por su parte, el equipo de montar para generales, jefes y oficiales consistía en un albardón de tipo ingles con estribos, cincha de piel y un grueso fieltro para proteger el lomo de los caballos, así como los aditamentos correspondientes para colgar los rollos mochileros y el sable; un almartigón con ronzal y una cabezada con dos pares de riendas, para filete y freno respectivamente.

Una de las dos escuadras que conformaban los pelotones de la unidad estaba dotada de un pesado fusil automático con su respectiva dotación de cartuchos y voluminosos cargadores, por lo que el soldado que operaba este fusil llevaba, además de su caballo, otro de mano, para que cargara el arma y sus municiones en un arnés debidamente acondicionado que se denominaba baste.

Cada pelotón tenía 13 hombres y catorce caballos; el comandante y dos escuadras, cada una con 6 hombres, uno de los cuales se quedaba como guardacaballos de la escuadra cuando el pelotón operaba a pie. Era en los hechos, una de sus formas de combatir, al transportar a caballo, rápido y a campo traviesa el equivalente a un pelotón de infantería para dejarlo en buenas condiciones operativas. Nueve de estas células operativas conformaban un escuadrón táctico.

El adiestramiento a caballo comprendía ejercicios de volteo y de equitación, el paso de obstáculos sencillos, así como la práctica de formaciones y evoluciones del orden cerrado y disperso, a campo abierto y en picadero, a pie y a caballo, efectuadas al paso, al trote y al galope, a viva voz con señales a brazo, o con toques de trompeta. La jornada era intensa.

Terminaba el adiestramiento a caballo con un paseo de mano a los animales para que se enfriaran debidamente y se procedía a bañarlos y una vez terminado esto, el escuadrón se dedicaba a practicar futbol, volibol, frontón a mano y basquetbol principalmente, en los que participaban todo el personal disponible del regimiento, era muy común y estimulante, ver a los comandantes practicando su deporte favorito al lado de sus subordinados.

Por su parte, los jefes y oficiales que no estaban encuadrados en el escuadrón en plaza, después del desayuno, acudían al stand de tiro a sus prácticas diarias de tiro con su pistola calibre 0.45 reglamentaria, había muy buenos y hábiles tiradores particularmente en la modalidad de tiro de defensa. A continuación, este grupo tendría sus prácticas ecuestres diarias, para el efecto, cada oficial tenía asignado un caballo de los llamados de estima, porque estaban alojados en

caballerizas individuales con techo, algunas comodidades y recibían mejor alimentación y atenciones; ahí estaban los caballos del comandante, los pertenecientes a los equipos ecuestres, los de todos los jefes y oficiales y algunos caballos, venerables ancianos, que fueron gloria del regimiento y que gozaban de un justo y merecido retiro y las caricias y atenciones de todos.

Los caballos de los jefes y oficiales eran ensillados por asistentes; las prácticas hípicas se hacían en picaderos abiertos, así como en un terreno previamente acondicionado, con piso de arena suave, sin piedras y sin ninguna rama de árbol que pudiera lastimar a caballos y jinetes; ahí, se construían obstáculos fijos a base de troncos, setos, rías, muros y desniveles y obstáculos móviles, a base de torres de sostén y barras ligeras de madera, así como cajones apilables de madera, pintados con colores vistosos; existían recorridos a campo traviesa que incluían bajadas y subidas suicidas pero divertidísimas. Al término de sus prácticas a caballo, el grupo se incorporaba a los deportes.

Pasado el mediodía, venía la hora de la comida, unos lo hacían en la unidad y otros acudían a sus domicilios para luego tener algunas horas de merecido descanso.

Por la tarde se pasaba lista y después, tenía lugar uno de los eventos más tradicionales del arma, la hora de la limpia del ganado, importante actividad en la que participaban el comandante, los jefes y el escuadrón en plaza. Los miembros del escuadrón con sus caballos de mano, formados con los espacios abiertos, en posición de al pie de sus caballos y dotados con el equipo de limpia que consistía en una bata, un ayate de un metro cuadrado, un cepillo de raíz, un gancho para limpiar los cascos y una franela, dirigidos por su comandante, procedían a limpiar su respectivo caballo siguiendo estrictamente las instrucciones del director de la limpia, quien, detalladamente, iba dirigiendo la limpieza por cada región específica del cuerpo del caballo, el instrumento a utilizar y a cómo hacerlo con energía y dinamismo. Se empezaba por el lado de montar, que corresponde al lado izquierdo del caballo y después de recorrer ese lado de su cuerpo, a ordenes se cambiaba de lado. La limpieza consistía en el uso combinado del cepillo, ayate y la franela, con movimientos rítmicos de pelo y contrapelo para limpiar el pelaje y la piel de los caballos, acción que, con el tiempo, estimulaba la salida de un pelo corto, fino y sedoso, la presentación de los caballos era de primera.

El veterinario aprovechaba para curar las heridas y para una revisión general del ganado, acompañando al comandante quien observaba minuciosamente cada caballo, el estado de sus carnes, para si fuera necesario, alimentar en forma especial a los que presentaran deficiencias y hacia preguntas sobre sus características sobresalientes, cada caballo tenía su historia, su nombre y se respetaba su identidad y carácter. Los considerábamos y tratábamos como seres individuales, irrepetibles, identificables y como verdaderos compañeros de arma. En la espalda izquierda tenían el fierro EM que corresponde al ejército mexicano y en la grupa del mismo lado, el fierro que identificaba el criadero de origen. En el casco de la mano del mismo lado, a fuego se les marcaba con el número de orden que ocupaban en la planilla orgánica del regimiento y, el número de este, lo llevaban marcado a fuego en la grupa derecha. Cada caballo, era totalmente identificable.

Durante la limpia, los herreros no paraban, los recuerdo como verdaderos hombres de acero, incansables, todo el día lo pasaban forjando las herraduras a golpe de marro y frente al fuego vivo y, por las tardes, implantándolas a los caballos que fuera necesario, un trabajo agotador y de mucho riesgo, pero indispensable y de gran valor para la unidad.

Una vez terminada la limpia que ocupaba dos horas en promedio, llegaba el momento más esperado por los caballos, pues cada uno sería obsequiado por su jinete, con una buena ración de grano servida en un balde de lona individual y sin perder la formación. Mientras tanto, el personal en servicio de caballerangos encargados del corral, repartía en los pesebres, manojos de paja mezclada con alfalfa verde y se preparaban para recibir a la caballada una vez que terminaran con su grano. Se encargaban de vigilar el corral por las noches para dar seguridad a los caballos, evitar las peleas y tranquilizarlos o atenderlos en caso necesario, así como para recoger el estiércol diseminado por el corral y llevarlo al estercolero donde se juntaba y dejaba secar, para luego ser utilizado para hacer ladrillos y adobes. El escuadrón procedía a la lista de la tarde, designar los servicios de seguridad y salían francos para presentarse al siguiente día.

Este era el tipo de actividades diarias que se efectuaban en forma normal, pero, sucedían eventos que alteraban esta programación, tales como la preparación y participación en desfiles, ceremonias y demostraciones, exigencias especiales de carácter operativo, participación en ejercicios tácticos y maniobras militares, participación en concursos y la rotación cíclica de escuadrones y de los grupos de caballos.

La participación en desfiles era un evento que, en particular, exigía mucho trabajo y dedicación, particularmente el que se celebraba en el distrito federal, porque la unidad estaría expuesta a la observación del alto mando y ocasionalmente del mando supremo, había, por lo tanto, que preocuparse por la excelente presentación de hombres y ganado y su nivel de adiestramiento en el orden cerrado. Se seleccionaba a los caballos de mayor estatura, buena complexión y estado de carnes, todos del mismo color de pelaje y se estaturaban debidamente, tomando en consideración la altura y nivel de las grupas en cada fila, se entrepelaban las formaciones para armonizar los diferentes tonos del color del pelaje y los caballos más nerviosos se ponían en el centro de la formación. Como los desfiles son en pavimento, los caballos se herraban dejando un grueso talón de hule para reducir las posibilidades de su resbaladura, que resultan ser peligrosas para las piernas o el cuerpo del jinete pues reciben el peso total del animal de un sopetón y en caída libre.

Los desfiles se realizaban en las capitales estatales y en el distrito federal y por su lejanía respecto a la ubicación de los regimientos, exigían largos movimientos combinando recorridos a caballo y en jaulas de ferrocarril, ya que, debía moverse un agrupamiento que se integraba con el escuadrón, sus caballos, monturas, armamento, equipo individual y el personal, granos y forraje, materiales y equipos de los servicios de intendencia, sanidad, veterinaria y transmisiones. Los caballos se transportaban dentro de las jaulas del ferrocarril, el grano y el forraje en vagones caja y el personal y su equipo individual, distribuido en el techo de las jaulas, se amarraban de su cintura con la rejilla superior de las jaulas utilizando sus ronzales, para evitar una caída por descuido. A veces, el movimiento ocupaba varios días, porque estaba unido a trenes de carga; había que bajar al ganado, darle agua y alimentación las veces que fuera necesario y hubiera posibilidades.

Embarcar a los caballos en las jaulas no era un trabajo fácil, pues había que meter 30 animales por jaula, uno por uno y los últimos literalmente había que meterlos con calzador, porque los caballos inteligentemente se hinchaban para ocupar mayor espacio y por tanto de mayor comodidad; una vez cargada la jaula y con los primeros movimientos se estabilizaban los pasajeros y los espacios resultaban cómodos.

En el distrito federal participaban dos o tres regimientos de caballería que establecían su campamento en el campo militar número uno y todos, con el afán manifiesto por distinguirse por su presentación y actividades diarias, por lo que se establecía una sana competencia que fortalecía el espíritu de cuerpo, porque, además, la secretaria de la defensa nacional organizaba simultáneamente concursos ecuestres y deportivos de nivel interregimental, eran muchos los frentes a cubrir.

Los regimientos de desfile, eran visitados en sus campamentos, por altas autoridades militares, a quienes se ofrecía un desayuno o comida elaborados con productos regionales traídos exprofesamente y, durante este acto, al cual se invitaba a representantes de todas las unidades del campo militar, a un lado de la mesa de honor, se colocaba un pequeño pesebre con avena en greña y fresca alfalfa verde, que se ofrecía a un grupo de caballos integrado por un representante de cada uno de los regimientos de desfile. El espíritu de la camaradería en todo su esplendor.

Terminado el desfile, había que regresar a la matriz y hacer el viaje de regreso con todas sus vicisitudes; regresaban satisfechos de haber ganado algunas competencias, del reconocimiento a su esfuerzo y distinciones, orgullosos de su pertenencia y con el número de su regimiento cada vez más firmemente grabado en sus corazones.

Las habilidades físicas de los caballos dirigidos por sus respectivos jinetes, es una actividad que gusta y atrae particularmente a los menores de edad, los divierte y entretiene; los regimientos realizaban diferentes demostraciones recreativas destinadas a divertir y entretener, como demostraciones de salto a caballo, maniobras de orden cerrado a caballo, carreras y de adiestramiento equino en picadero.

Anualmente tenían lugar maniobras militares regionales y de nivel nacional, las unidades de caballería participantes tenían la oportunidad de poner en práctica las posibilidades operativas del arma, demostrar el nivel de preparación y de adiestramiento de sus hombres y caballos y la capacidad logística y administrativa de la unidad para apoyar el esfuerzo táctico. Se designaba un árbitro para la unidad, que tomaría nota de las decisiones del comandante y la efectividad de los actuantes, cuyos comentarios positivos y negativos serían presentados ante todos los comandantes participantes en las maniobras durante la etapa de la crítica.

Este tipo de ejercicios y muchos más que realizaba el regimiento en diferentes tipos de terreno de su jurisdicción, eran lo máximo en la aplicación total de las técnicas y tácticas de la caballería a caballo, pues incluían largas marchas diurnas y nocturnas, por valles, desiertos y montañas a veces nevadas; armar el vivaq con un área destinada para que pastaran y descansaran los caballos por la noche; y aplicar todas las medidas logísticas y administrativas necesarias para garantizar el sostenimiento de hombres y caballos; la prioridad era, la atención más adecuada y posible del ganado en esas circunstancias. Estos ejercicios ponían de manifiesto los tradicionales beneficios de ir montado en un caballo entrenado, fuerte y resistente, lo que hacía una diferencia abismal si se hiciera a pie. Una de las bondades del arma.

Prosigamos con las características de las instalaciones, la comandancia estaba engalanada con múltiples trofeos y moñas ganados por militares y caballos de la unidad respectivamente; felicitaciones por escrito; diplomas y reconocimientos; fotografías de visitas distinguidas, así como de caballos y jinetes librando hábilmente complicados obstáculos. Libreros con leyes y

reglamentos militares, de táctica de caballería, de historia y diferentes textos relacionados con los caballos. Destacaba la importancia de un librero en especial que contenía un voluminoso conjunto de cuadernillos que contenían todas las directivas expedidas por la antigua secretaria de guerra y marina, así como la de defensa nacional en los últimos años que estaban en vigor y había que consultar cuidadosamente para tramites y protocolos de actuación particularmente en el área administrativa.

Los dormitorios carecían de camas, solo había para uso individual, grandes bolsas de lona rellenas de paja colocadas en el suelo en línea y con un espacio de intervalo. Los baños y sanitarios eran para atención general, los primeros a base de piletas con agua y varias jícaras y los segundos con letrinas a base de cajones de madera. No existían unidades habitacionales militares, todas las familias rentaban en el poblado.

Esta es una breve descripción e imagen, en términos muy generales, de los regimientos de caballería en la década de los años 1950s, ¿qué paso después?, ¿cómo evolucionaron?, entremos de lleno a esta parte de la narrativa.

Se hicieron muchos esfuerzos orgánicos, técnicos, logísticos y tácticos por mejorar la eficiencia operativa de las unidades de caballería a caballo: se incrementó la orgánica de los regimientos con un escuadrón de armas de apoyo dotado con ametralladoras y morteros ligeros y se mejoró el armamento individual que se sustituyó con pistolas y fusiles cortos automáticos y ligeros.

Se mejoró en mucho la caballada introduciendo sementales de raza inglesa cada ves de mayor calidad y cantidad, para cruzarlos con yeguas criollas que igualmente con el paso del tiempo, habían mejorado sus condiciones físicas. También, se optimizo la producción en los criaderos para satisfacer las exigencias en cantidad y calidad de los regimientos, escuelas militares y algunos organismos de la secretaria de la defensa nacional.

Se ministro a los regimientos maquinaria y equipo agrícola para estimular y optimizar la producción de granos y forrajes.

Para facilitar y garantizar la movilidad de pequeñas unidades de caballería, se acondicionaron cajas de trailers para transportar un pelotón de caballería, con sus caballos, equipo de montar, armamento y municiones, raciones alimenticias del personal y de grano y forraje para los caballos para un corto periodo.

La técnica ecuestre mexicana subió de nivel y reconocimiento, lidereando las actividades hípcas en el continente, donde la mayor parte de países en esas fechas, también contaban con unidades de caballería montadas a caballo. Los caballos mexicanos ganadores en los juegos olímpicos de Londres, fueron caballos del ejército mexicano, que se formaron encuadrados en diferentes regimientos de caballería. Imaginen el orgullo legítimo de los dragones.

La conformación de cuerpos de policía federal, estatales y municipales, en algunos casos, incluye unidades de policía montada; la secretaria de la defensa nacional con objeto de apoyar e impulsar su desarrollo y capacidades operativas, les proporciono caballos, equipo de montar y asistencia técnica y veterinaria. La actividad operativa de estos cuerpos policiacos, esta siendo afectada por las mismas condiciones que lo hicieron con el arma de caballería.

El ejército mantuvo sus propósitos de contribuir al mejoramiento de la raza caballar del país, y para ello, impulso un programa de producción caballar, mediante la inseminación artificial de yeguas inglesas seleccionadas por sus características físicas y rasgos de su ADN, con semen congelado importado de diferentes países, que fue extraído a caballos de alto registro y ganadores internacionales en varias disciplinas ecuestres, dando lugar a los magníficos ejemplares Warmblood mexicanos, que cuentan con excelentes condiciones y facultades deportivas que los actuales dragones explotan hábilmente.

Este importante acontecimiento, junto con el desarrollo de más de 50 criaderos civiles de caballos de raza para deportes en el país, nos permite como nación, seguir participando con sobradas capacidades, en el desarrollo mundial de la industria hípica, ecuestre y de ocio. Ocupamos el segundo lugar mundial en la producción de caballos, actividad que tiene un crecimiento anual del 10%; y México y los EUA conforman la región del mundo con un poco más del 20% del total global de caballos, la mayor parte de ellos, dedicados a la moderna industria equina.

La caballería montada alcanzó en esos años, un alto grado de organización, técnicas, tácticas y operativas como nunca lo había tenido en toda la historia del país, sin embargo, existían factores que progresivamente limitaban su movilidad y capacidad para operar a caballo. El desarrollo de la infraestructura estratégica del país, el tipo y ocurrencia de las operaciones de apoyo a la seguridad pública que prestan las fuerzas armadas a las autoridades civiles y el desarrollo de la tecnología militar, hicieron que los regimientos de caballería a caballo progresivamente, cayeran en la obsolescencia.

Fue en los años 1980s, cuando se empezó a estudiar la sustitución de los caballos por vehículos ligeros, rápidos y armados, lo que permitiría fortalecer y modernizar las posibilidades tácticas del arma de caballería y optimizar su presencia operativa.

Recuerdo claramente que una mañana del año 1982, los comandantes de región militar que tuvieran como arma de origen la caballería que eran su mayoría, fueron citados ante el secretario de la defensa nacional, donde junto con otros funcionarios militares del mismo nivel y condiciones, les fue comunicada la decisión de sustituir los caballos en las unidades de caballería y transformarlas en regimientos de caballería motorizada dotándoles para el efecto, con vehículos militares modernos, ligeros y armados.

El alto funcionario les manifestó los motivos y el significado de su decisión que reconocía que afectaría el trabajo y tradiciones de más de 400 años de la caballería mexicana, pero también, la necesidad imperiosa de modernizar al ejército. Todos comprendieron y apoyaron sus intenciones, pero con gran tristeza vieron pasar en su mente, los queridos y añorados años que vivieron encuadrados en una unidad montada, los bellos recuerdos de camaradería y compañerismo y a los nobles amigos y compañeros equinos con los que convivieron estrechamente esas épocas de sus vidas.

Además, el alto funcionario manifestó que se crearían el arma blindada y fuerzas especiales operando desde helicópteros y que impulsaría la cría de caballos de alto registro para mantener el nivel deportivo de los militares e impulsar la respectiva industria nacional. Decisiones que

puntualmente se cumplieron; una transformación total, que marcaría un antes y un después en la caballería mexicana.

Con esas nuevas características, las unidades de caballería fueron objeto de un reacomodo en el dispositivo estratégico y fueron asignadas a las áreas fronterizas del país para explotar sus nuevas posibilidades tácticas y la sagacidad de los dragones. Tenemos una nueva caballería, modernos dragones orgullosos de su glorioso pasado y confiados en su luminoso porvenir, que afortunadamente, conservan el tradicional espíritu del arma actuando siempre con astucia, audacia y arrojo.

No quiero cerrar estas notas, sin antes subrayar lo mucho que los mexicanos debemos a los caballos que han sido nuestros abnegados e históricos compañeros para impulsar desde cero, el crecimiento y desarrollo de nuestra nación; también recordar que, nuestra histórica preocupación por la crianza y educación de los caballos ha sido muy exitosa, pues en cantidad, calidad y la producción de caballos de raza, ocupamos el segundo lugar mundial; observar la forma explosiva en que se ha desarrollado en el país, una creciente y redituable industria hípica, ecuestre y de ocio: existen más de mil asociaciones de charros y varios hipódromos que exigen caballos de alta calidad; las actividades deportivas y recreativas relacionadas con los caballos se han expandido, existe casi una centena de clubes hípicos en toda la república y la equitación mexicana goza de un reconocido prestigio a nivel mundial; no se puede negar que, detrás de algunos de estos grandes logros, estuvo el empeño e iniciativa de muchos dragones; el arma de caballería montada a caballo dejó profundas e importantes huellas.

Los miembros del arma de caballería del ejército mexicano, no deben olvidar nunca a los caballos que son, en principio, la razón de ser de su arma, que muchos de esos queridos y admirables animales, literalmente entregaron sus vidas obedeciendo ciegamente a sus abnegados y decididos jinetes en muchas etapas críticas de nuestra historia. También son héroes.

MIXTLI.

Isla de los cormoranes primavera 2023

“Los que por profesión hacían la guerra,
los que por vocación hacían la patria,
los que a la luz del sol daban la vida
y a la luz de la luna serenatas....
los de historias de amores y amoríos,
los de sable y guitarra...”